

Alianza Universidad

Marvin Harris

El materialismo cultural

Versión española de
Gonzalo Gil Catalina

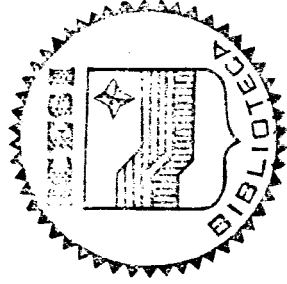
I C E S I

BIBLIOTECA



08419

Alianza
Editorial



-5956- 40.8

estrategia que contemple la alternativa entre sistemas socioculturales desde una posición neutral o no valorativa. Un paradigma de investigación que se base en la separación de pensamiento y conducta, en la distinción obligada entre las percepciones del actor y del observador y en el principio de que la infraestructura domina a la superestructura, estará inevitablemente reñido con el *statu quo* político de los Estados Unidos, donde la doctrina idealista de que «la percepción es la realidad» da alas a una agresión cada vez más audaz contra la capacidad del pueblo para saber qué es lo que ocurre a su alrededor y comprender las causas del deterioro de sus perspectivas vitales.

En una crítica reciente al materialismo cultural, se me acusa de haber «embaucado» a todo el mundo con el principio del determinismo infraestructural por haber tratado de transformar la manera de pensar de los lectores sin cambiar primero las condiciones materiales de su sociedad (Drew Westen en *Current Anthropology* 25 : 642, 1985). A modo de réplica señalé que, en general, la posibilidad de alterar los pensamientos de las personas siempre está severamente limitada por las condiciones infraestructurales. En los Estados Unidos los paradigmas científicos idealistas, eclécticos y oscurantistas encuentran un apoyo tan abrumador en las condiciones infraestructurales y político-económicas que pueden conservar su ascendente peso a su demostrable fracaso en lo que atañe a desarrollar un corpus coherente de teorías contratables. Dadas las actuales circunstancias, nunca esperaría que el materialismo cultural consiguiera desplazar a estas alternativas en los Estados Unidos. En España, sin embargo, las condiciones infraestructurales y político-económicas pueden ser más propicias. Muchas son las circunstancias que empujan a la España postfranquista a rechazar los extremos que representan la dialéctica socialista, de un lado, y el idealismo capitalista, de otro. Tal vez el interés por el materialismo cultural que han mostrado los intelectuales españoles sea un aspecto de los actuales procesos de reforma política y económica y de la búsqueda española de una adecuada y moderna cosmovisión. Eso espero.

Gainesville, Florida

Junio 1985

PREFACIO

El materialismo cultural es la estrategia que ha resultado ser más eficaz en mi intento de comprender las causas de las diferencias y semejanzas entre sociedades y culturas.

Se basa en la sencilla premisa de que la vida social humana es una reacción frente a los problemas prácticos de la vida terrenal. Confío en poder demostrar con esta obra que el materialismo cultural conduce a mejores teorías sobre las causas de los fenómenos socioculturales que cualquiera de las estrategias rivales de que disponemos en la actualidad. No afirmo que se trate de una estrategia perfecta, sino única y exclusivamente que es más eficaz que las alternativas existentes.

Debido a su adhesión a las reglas del método científico, el materialismo cultural se opone a aquellas estrategias —como, por ejemplo, el planteamiento humanista de que no existe determinismo en los asuntos humanos— que niegan la viabilidad o la legitimidad de las explicaciones científicas del comportamiento humano. Se opone, del mismo modo, a que se atribuyan los males de la sociedad industrial, como suele hacerse hoy en día, no ya a un defecto, sino a un exceso de ciencia. Con su énfasis en la relación entre producción, reproducción y ecología, nuestra estrategia es contraria también a numerosas formulaciones que parten de las palabras, las ideas, los valores morales y las creencias estéticas y religiosas para comprender los acontecimientos cotidianos de la vida humana. Aunque en este aspecto coincide con las enseñanzas de Karl Marx, se aparta,

empero, de la estrategia materialista dialéctica de Marx, Engels y Lenin. Condenados por los partidarios de ésta como materialistas «vulgares» o «mecánicos», los materialistas culturales intentan mejorar el modelo marxiano original desechando la idea hegeliana de que todos los sistemas evolucionan a través de una dialéctica de negaciones contradictorias, y añadiendo la presión reproductora y las variables ecológicas al conjunto de condiciones materiales estudiado por los marxistas-leninistas.

A pesar de que un número considerable de antropólogos ha adoptado la estrategia materialista cultural, la mayor parte de mis colegas sigue inclinándose por alguna de las otras alternativas disponibles. La más popular de éstas niega la necesidad misma de adoptar una estrategia definida. Se trata de la alternativa que denomino «estrategia del eclecticismo». Para el ecléctico, los compromisos estratégicos del materialismo cultural, o de cualquier otra estrategia (materialismo dialéctico, estructuralismo, etc.) que se identifique como tal, no hacen sino excluir de antemano posibles fuentes de comprensión. Ser ecléctico equivale a sostener que *toda* estrategia investigadora puede contribuir a la solución de ciertos enigmas y que no cabe predecir cuál de ellas será más fructífera en un caso dado. El eclecticismo se presenta a sí mismo como el campeón de la «mentalidad abierta». Pero, en realidad, constituye un compromiso estratégico tan cerrado como cualquiera de sus rivales, pues mantener indefinidamente abiertas todas las opciones supone tomar una posición estratégica muy clara. Por lo demás, insistir *a priori* en que el empleo de más de una estrategia en cada problema dará lugar a teorías científicas mejores, no es lo que se dice un ejemplo de mentalidad abierta. Esta pretensión es indudablemente falsa. Lo que garantiza la amplitud de miras no es el eclecticismo, sino el choque de las diferentes opciones estratégicas, entre las que éste se incluye. Al defender la superioridad del materialismo cultural, no abogo, pues, por la supresión de las estrategias rivales. Me limito a recalcar que la comparación sistemática de estrategias alternativas es un ingrediente esencial de la empresa científica.

El eclecticismo campa por sus respetos, ya que no parece sino de sentido común pensar que tiene que haber algo de cierto en cada uno de los -ismos competidores, que ninguno puede contener toda la verdad. Discrepo, no obstante, en que sea de sentido común abandonar la búsqueda de la posibilidad de grandes verdades para conformarse con la certeza de las pequeñas. Tampoco me parece sensato suponer que todas las estrategias comparten idénticas dosis de aciertos y desatinos. Ninguna, cierto es, posee el monopolio de

la verdad, pero éste tampoco equivale a la suma de todas las estrategias.

Aun cuando no inventé el «materialismo cultural», sí soy el autor de la expresión (en *The Rise of Anthropological Theory*). Permítaseme explicar por qué escogí, precisamente, estos dos vocablos. Hacia mediados de la década de los sesenta, muchos colegas compartirían mi convicción de que mientras se siguiera infravalorando la importancia de Karl Marx no podría darse una ciencia de la sociedad humana. En el siglo XIX, Marx había estado a punto de convertirse en el Darwin de las ciencias sociales. Como éste, Marx demostró que era posible lograr que ciertos fenómenos, considerados hasta entonces ininteligibles o de origen directamente sobrenatural, descendiesen sobre la tierra y se hiciesen comprensibles en términos de principios científicos sujetos a leyes. Marx consiguió esto al proponer que la producción de los medios materiales de subsistencia forma «la base a partir de la cual se han desarrollado las instituciones políticas, las concepciones jurídicas, las ideas artísticas e incluso las ideas religiosas de los hombres y con arreglo a la cual deben, por tanto, explicarse, y no al revés, como hasta entonces se había venido haciendo» (véase pág. 163). El «materialismo» del «materialismo cultural» representa, pues, un reconocimiento de la deuda contraída con la formulación marxiana de la influencia determinante de la producción y otros procesos materiales.

Ahora bien, soy consciente de que una estrategia que se auto-defina materialista corre el particular riesgo de sufrir el menosprecio tanto del público en general como del profesorado académico. Materialismo es una palabra tabú para la juventud, cuyo comportamiento y modo de pensar aspiran al idealismo. Materialista es aquel que se vende, que abandona sus ideales. (Poco parece importar, en este sentido, que la gente tienda a considerarse tanto más idealista cuanto más dinero gane.) Con todo, las motivaciones de los materialistas culturales son tan idealistas como las de los demás. Por lo que respecta, además, a una devoción pura y desinteresada por la humanidad, una parte importante de la opinión mundial, con razón o sin ella, considera a Marx igual o superior a Jesucristo. Huelga decir que la distinción técnica entre materialismo cultural e idealismo nada tiene que ver con estas comparaciones odiosas. Se refiere exclusivamente al problema de cómo se pretenden explicar las diferencias y semejanzas socioculturales. Y, pese a las connotaciones negativas que sugiere el término materialismo, descartarlo sería poco honrado desde un punto de vista intelectual.

Cuando comencé a escribir *The Rise of Anthropological Theory*, en 1965, era asimismo evidente que la auténtica ciencia de la socie-

dad, con o sin Marx, no podría desarrollarse mientras los marxistas-leninistas (y otros científicos sociales) continuaran eludiendo o ignorando los hechos y teorías de la antropología moderna. Los presupuestos estratégicos de Marx, como los de Darwin, se hallan impregnados de conceptos filosóficos decimonónicos que reducen su plausibilidad y utilidad para los antropólogos del siglo xx. El materialismo marxiano está encadenado a la noción hegeliana de contradicciones dialécticas; de ahí que Engels lo bautizara con el nombre de materialismo dialéctico. Y con Lenin, el rabo dialéctico acabó por menear al perro materialista. El marxismo-leninismo vino a representar el triunfo de la dialéctica sobre los aspectos objetivos y empíricos del materialismo científico de Marx.

El materialismo cultural es una estrategia no hegeliana cuyos presupuestos epistemológicos entroncan con las tradiciones filosóficas de David Hume y el empirismo británico, presupuestos que desembocaron en Darwin, Spencer, Tylor, Morgan, Frazer, Boas y el nacimiento de la antropología como disciplina académica. Sin embargo, no representa una alternativa monística y mecánica a la dialéctica. Antes bien, se interesa por las interacciones sistemáticas entre pensamiento y conducta, por los conflictos tanto como por las armonías, por las continuidades y las discontinuidades, los cambios revolucionarios y los graduales, la adaptación y la inadaptación, la función y la disfunción, la retroalimentación positiva y la negativa. Abandonar el calificativo «dialéctico» no implica abandonar ninguno de estos intereses; se trata únicamente de insistir en que deben perseguirse bajo auspicios empíricos y operacionales y no como elementos accesorios de un programa político o como un intento de expresar nuestra propia individualidad.

En cuanto al calificativo «cultural» de nuestro materialismo, éste sale a relucir debido a que las causas materiales de los fenómenos socioculturales difieren de las que, en rigor, corresponden a los determinismos de índole orgánica e inorgánica. Así, nuestra estrategia es contraria a los materialismos reduccionistas de corte biológico, tales como las explicaciones raciales, sociobiológicas o etológicas de las diferencias y semejanzas culturales. Además, el término «cultural» expresa con mayor exactitud que otros —como «histórico» o «sociológico»— el hecho de que los fenómenos que tratamos de explicar son humanos, tanto sincrónicos como diacrónicos, tanto prehistóricos como históricos. Pone, asimismo, de relieve que la estrategia en cuestión es un producto característico de la antropología y sus disciplinas afines; que se trata de una síntesis que persigue la superación de las fronteras disciplinarias, étnicas y nacionales.

Es tarea del materialismo cultural la creación de una ciencia panhumana de la sociedad cuyos hallazgos sean aceptables, tanto desde un punto de vista lógico como fáctico, para la comunidad panhumana. Debo confesar, sin embargo, que a la vista de las crecientes tendencias nacionales, étnicas y clasistas a subordinar la ciencia a la política y a intereses sectarios a corto plazo, las perspectivas de una ciencia panhumana de la sociedad nunca habían sido tan sombrías desde el siglo xviii. No puedo, por tanto, inducir al lector a seguir mi alegato en pro del materialismo cultural en nombre de una ilustración jubilosa. Mis pretensiones no son utópicas. Tan sólo pido que todos aquellos que temen el advenimiento de una nueva edad oscura cierren filas para robustecer las defensas contra la mistificación y el oscurantismo en la ciencia social contemporánea.